



REFLEXIONES A PROPÓSITO DE LA BIOLOGÍA DE LA PERSONALIDAD

*Natalia López Moratalla*¹

Desde que supe que hoy iba a dirigiros la palabra pensé que no intentaría desarrollar alguno de los apasionantes temas que forman los programas de este Master de Matrimonio y Familia. No les falta a algunos de ellos ni importancia ni actualidad. Pero no es ese el motivo. Deseo hablar de algo que la Universidad de Navarra me ha dado en estos casi 35 años de vida en ella y que considero muy valioso: el camino para vivir mi vocación de buscar la verdad acerca del mundo natural, del mundo de la vida, y de transmitirla.

Como ocurre con casi todos vosotros, yo no he sido estudiante de las clases regulares de las licenciaturas que se imparten en la Universidad de Navarra. Y como vosotros llegué a ella a una edad en que lo que se busca es mucho más que escuchar a personas eruditas, en el genuino sentido de la palabra. Eso es mucho, pero es poco.

Si una Universidad merece tal nombre, y la de Navarra lo merece, es porque en su seno, en mayor o menor medida, continúa la búsqueda de la verdad; porque alberga y da espacio vital a personas que recorren el camino que persigue la verdad. Y la buscan en libertad, porque con ataduras, sean del signo que sean, la verdad no puede alcanzarse. Una atadura mental, por sutil que sea, no nos permite salir hasta la mitad del camino a recibir lo que viene de fuera. Y sin salir, como refiere Newman², no se puede aprender, “*haciendo propio lo que se oye, extendiendo la mano para agarrarlo y apropiárselo*”.

Gracias por la oportunidad que hoy me dais de testimoniario.

“La humanidad necesita cátedras de verdad (decía Juan Pablo II discurso en la inauguración del año académico de la Universidad Roma III), y si la Universidad es una fragua del saber, los que trabajan en ella no pueden por menos de tener como brújula de su comportamiento la honradez intelectual, gracias a la cual es posible distinguir lo falso de lo verdadero, la parte del todo y el instrumento del fin”. Arduo pero apasionante es el esfuerzo por distinguir lo falso de lo verdadero, la parte del todo y el instrumento del fin. Si una Universidad merece tal nombre es porque engendra cátedras de verdad. Cátedras que creadas y ocupadas por quienes ha decidido de una vez por todas aplicar las exigencias de su conciencia moral a su vida intelectual. La honradez intelectual, ese respeto escrupuloso por la verdad, no puede quedar aherrojado en los estrechos límites de los conocimientos especializados, y por especializados parciales e instrumentales. Mentes abiertas a toda verdad sea ésta vieja o sea nueva, como señaló Gilson³.



Tengo con esta Universidad la deuda impagable de la convivencia con maestros que saben mostrar el camino propio en la apasionada búsqueda de la verdad en libertad. Maestros que lo han sido y lo son por motivos diversos:

- Porque no sólo enseñan el saber establecido, sino se atreven con el que se indaga.
- Porque trabajan siempre cerca de sus colaboradores y acompañan sin imponer ni siquiera los caminos: cada caminante por el suyo, con respeto apasionado por la libertad
- Porque se puede llamar a su puerta, a cualquier hora, en busca de aliento a las aspiraciones de saber, y de estudiar y encontrará siempre respuesta. Muchas veces mostrando sencillamente el camino para alcanzarla, o la persona indicada con quien establecer diálogo, o una lectura luminosa. Tal vez ese párrafo de un usado libro de su propia estantería que se abre sólo por esa página, mil veces meditada.
- Porque **comunican vida** del espíritu y la comparten.
- Porque acercan a los grandes maestros, de estos y otros tiempos, convirtiéndolos en amigos entrañables.
- Porque como expresó su Fundador, San Josemaría “*no se han dejado arrastrar por ambientes superficiales, ni se han engañado por el espejismo de la fácil novedad*”⁴.

Detrás de cada descripción de un rasgo de maestría esta Universidad tiene un nombre propio. Y cuando hay maestros, hay tradición y si se mantiene la Universidad sigue siendo el ámbito de los diálogos nunca acabados, y tantas veces interrumpidos –sólo aparentemente- para ser retomados en el mismo punto, con el mismo tema años después.

Los diálogos en el seno de la Universidad tiene como premisa que no basta absorber conocimientos sino que uno tiene que producirlos. Y la capacidad creativa madura con el tiempo.

De tales diálogos he aprendido que para un docente abrir el alma, mostrar las conquistas y las dudas, los avances y los estancamientos, las intuiciones y la oscuridad, es una actitud personal que tiene calificación moral. De ellos he aprendido que para un investigador la apertura a los diversos enfoques de la realidad, el estudio interdisciplinar de la realidad, que por compleja no puede abarcarse desde una única perspectiva, es una actitud personal que tiene calificación moral. Porque la ignorancia es un mal, un enemigo de las almas, y contribuir a eliminarla el mayor servicio, como enseña San Josemaría. La verdad os hará libres, no podemos olvidar que nos lo dice Dios mismo.

Solo después de años de tal convivencia, me di cuenta un día de que podía adueñarme, de estas bellas palabras de Guardini porque lo que reflejan también estaba siendo mi propia experiencia de profesor universitario: “*Seguí mi instinto, planteé los problemas y busqué las soluciones, leí los textos, aclaré las cuestiones que surgían de ellos y esboqué lo mejor que pude la figura espiritual que contenían. La confianza en mi mismo me llevo incluso más lejos. En el fondo yo no me había planteado que objetivos se atribuían a mi cátedra, qué era lo que los que me escuchaban deseaban saber, sino que decía lo que decía convencido de que lo que para mi era importante también debía serlo para los demás. Siempre tuve la certeza,*



quizás presuntuosa pero en todo caso viva, y nunca cuestionada después de que valía la pena decir las cosas que me interesaban, ya que afectaban a todos... siempre me he puesto a escribir sólo porque me veía impulsado desde dentro. Lo mismo hice con mis clases dejándome guiar exclusivamente por mi intuición. Abordaba el objeto que en cada momento me interesaba y leía lo estrictamente necesario de literatura crítica para estar informado y por lo demás decía lo que me parecía importante". No estoy pretendiendo compararme con un maestro como Guardini; es obvio. Pero si afirmo que lo que para él fue tarea y ganancia en solitario, por la trayectoria que la vida le deparó, yo lo he tenido como don, recibido en la convivencia en la Universidad de Navarra.

Las clases en las que iba a decir lo **que me parecía importante** se convirtieron, en muchas (en muchísimas) ocasiones en la piedra de toque de nuestro crecimiento vital en la búsqueda de la verdad. Sólo, si era capaz de ponerme delante de la mesa, y no atrincherarme detrás de ella, si era capaz de pasear y dejar que las respuestas fueran saliendo como respuestas a auténticas preguntas, sin atarme al papel que contenía el guión, y sin tampoco provocar ese tipo de desconcierto entre los estudiantes, que reflejó uno de ellos cuando me interrumpió una vez para quejarse: "oiga, ¿porque ha cambiado de idioma"? Entonces y sólo entonces, sabía (y sabíamos) que el dialogo interdisciplinar estaba produciéndose y dando frutos reales.

Fui enseñada, y casi entrenada, a llevar preparada a cada clase; preparación que incluía la estructura de la pizarra (un nombre, un concepto al que se debe volver no puede ser borrado y vuelto a escribir). Sin embargo, y sin duda facilitado por la disciplina mental que comporta el cuidado de todos los elementos por pequeños que sean, mis clases han sido muchas veces sesiones de trabajo para mis estudiantes y en ocasiones inolvidables momentos de luz para mí. El origen unitario de la especie humana en el enamoramiento personal de un solo hombre Adán y una sola mujer Eva, y no en un mero mecanismo biológico, fue intuido mientras respondía a una pregunta en clase. Muchos años antes venía explicando –sin sacar las más bellas consecuencias– que el cuerpo humano nunca es cuerpo sin más, sino de un hombre; que los procesos fisiológicos con su sentido funcional propio, se integran en la unidad de sentido que es cada persona, etc. Supe entonces que mi actitud vital, existencial, ante la ciencia era interdisciplinar: no estaba dispuesta a dejar de lado, porque no sea "científico", lo que se y pueda saber por otras vías. En este caso, no estaba dispuesta a dejar de lado lo que me transmitía la belleza del relato del Génesis.

Sí; hoy también las universidades pueden seguir su camino propio en busca de la unidad del saber. Desde mi experiencia de estudio de las ciencias de la vida estas son las señalizaciones y las coordenadas del mapa de la *biología de la personalidad* que sólo he conocido al ir recorriendo el camino. Porque la Universidad de Navarra merece ser llamada por ese nombre hoy puedo ofrecerlos y ofrendaros un mapa con algunas pistas trazadas y confirmadas como andaderas.



I. EL MUNDO NATURAL HABLA DE CREADOR. Y LA CIENCIA HA DE ESCUCHAR EL MENSAJE QUE ENCIERRA, SI QUIERE ESTAR A LA ALTURA DE CONSTITUIR UNO DE LOS MODOS DE CONOCIMIENTO

Pienso que para transitar el camino hacia la verdad es imprescindible de rescatar la mirada contemplativa sobre la naturaleza y la vida, perdida a causa de que, como señala J. Ratzinger⁵, *nuestra cultura de la técnica y del bienestar se basa en la convicción –dice– de que, en el fondo, todo es factible... Lo que no es obra nuestra, no existe... Vivimos sin duda en un momento histórico en el que la tentación de querer crear sin Dios se ha vuelto muy grande. Naturalmente, si pensamos así, la vida termina en lo que nosotros podemos hacer, construir y demostrar. Por tanto la cuestión divina queda relegada a un segundo término.*

Pero no es inevitable que la cuestión divina quede en segundo término: **toda la Ciencia positiva es comprender la Creación.** Hay que atreverse a acompañar a Dios Creador en los diferentes días de su trabajo que nos narra el Génesis, si se quiere conocer el mundo natural. La creación es otro libro sagrado que habla de Dios (como reza el comentario de Juan Pablo II al Salmo 18 hecho el miércoles 30-01-2002); el mundo natural no es mudo. *“Para quienes no tienen tapados los ojos ni los oídos la Creación constituye una especie de primera revelación, que tiene su propio lenguaje elocuente: es como otro libro sagrado cuyas letras son representadas por la multitud de criaturas presentes en el universo”*

De qué habla al científico ese mundo natural?

En primer lugar de que Dios no quiso colaboradores o interlocutores mientras hacía universo, el mundo para el hombre. Dice Isaías (40, 10-11; 13.17): *“¿quién ha medido a puñados el mar o medurado a palmos el cielo, o a cuartillos el polvo de la tierra?”*

¿quién ha pesado en la balanza los montes y en la báscula las colinas? ¿quién ha medido el aliento del Señor?

¿quién le ha sugerido su proyecto? ¿Con quien se aconsejó para entenderlo, para que le enseñara el camino exacto, para que le enseñara el saber y le sugiriese el método inteligente?”

En efecto: *“Nadie es capaz de medir el inmenso universo creado por Dios. El profeta da a entender que los instrumentos humanos son ridículamente inadecuados para esta tarea. Dios ha sido un artífice solitario; nadie ha sido capaz de ayudarlo o de aconsejarle en un proyecto tan inmenso como el de la creación cósmica”* (Comentario de Juan Pablo II a el miércoles 20-11-2002).

Pero el ese mundo natural ni es un sinsentido - su Creador *“Les dio consistencia perpetua y una ley que no pasará”* (Salmo 148, v.6)-, ni podemos dárselo a nuestro antojo. *“Dios se presenta como Creador, cuya obra desarrollo mediante su palabra: “Manda su mensaje a la tierra”(Genesis 1,3)... “Manda una orden” (S 147,15-18). Por indicación de la Palabra divina irrumpen y se establecen las dos estaciones fundamentales. La Palabra de Dios está, por tanto, en la raíz del frío y del calor, del ciclo de las estaciones y del flujo de la vida de la naturaleza”* (Juan Pablo II; miércoles 5-5-2002).



El mundo que la ciencia intenta descifrar, este mundo que existe independientemente de nosotros, que fue hecho sin nosotros, pero no tendría sentido sin nosotros. *¿Qué es el hombre para que te acuerdes de él?* (Salmo 8). *“El hombre es visto como lugarteniente del mismo Creador... Este dominio sin embargo no es conquistado por la capacidad del hombre y tampoco es alcanzado con una victoria sobre Dios, como pretendía Prometeo. Es un dominio donado por Dios: confía a las manos frágiles y con frecuencia egoístas del hombre todo el horizonte de las criaturas para que conserve su armonía y belleza, descubra sus secretos y desarrolle sus potencialidades”* (Juan Pablo II; miércoles 26-06-2002).

Orden, belleza de la coherencia, majestad y poder, fecundidad de la tierra, brotar de la vida. La mirada contemplativa de quien busca conocer y entender tiene siempre expresión de asombro, pero no es la misma mirada porque no es el mismo asombro el que producen las estrellas que el de la fecundidad de la tierra. De hecho, el rostro de Dios nos parece distinto en los diferentes días de la Creación. El Creador del universo inerte aparece como Causa Primera, Principio de Necesidad lejos de la tierra. Es un orden determinado: son fijas las trayectorias de los astros. Ese rostro de Dios que podríamos llamar cósmico atrae pero no conmueve de la misma forma que el Dios de la vida.

Hay otro orden que no fijo sino emergente y libre. Ante las criaturas vivas, y en su referencia al hombre, aparece el rostro de Dios personal y cercano. Principio de toda novedad. La emergencia de lo nuevo no el azar ciego sino finalidad. Tenemos la experiencia humana de la libertad: con todos sus condicionamientos es, sin embargo, una libertad punto de confluencia de innovación y finalidad. Capacidad de acciones que suponen la aparición de algo nuevo no condicionado sino fruto de una intencionalidad.

Desde nuestra finitud tiene sentido preguntarse hacia donde camina la vida y acompañar a su Hacedor. Y así entender que la biodiversidad de la creación es expresión de la riqueza de vida del Dios Vivo. La descripción de los días de la creación, que relata la revelación, son verdades de una enorme riqueza. Siempre he sentido un natural y espontáneo rechazo a las disputas bizantinas de la Biblia “al pie de la letra” de los llamados creacionistas.

Hace años las preguntas ¿porqué es ese el día primero y porqué el segundo..., porqué esa pausa antes de empezar el sexto día ese cambio de verbo y del singular al plural del ¡*Hágase!* al ¡*Hagamos al hombre ...!* se nos hacían insistentes. Llevábamos meses tratando de poder decir algo, que realmente nos convenciera y nos creyéramos, acerca de valor de las diferentes criaturas, del hombre como única criatura querida en sí misma por el Creador, del puesto del hombre en el mundo natural, etc. Medio en broma medio en serio, con simpatía y consciente de acabar de dar con la clave, uno de los presentes se inclinó hacia delante y con los brazos abierto profirió en voz muy alta: “Dijo Dios: Adammmmmmmmm, Eevaiaaaaaaaaaaaaaa, y empezaron a salir lentamente la luz y las estrellas y la tierra y las plantas y los peces...”

Sí, ya estaba: el mundo natural no es simplemente un catalogo de seres maravillosos que formen nuestra casa, el hogar del hombre. No; sería un mundo demasiado extraño al hombre. No; es otra cosa. Es el camino ontológico que va desde la nada a la respuesta personal de cada uno a la llamada de Dios a la existencia. La cercanía o lejanía



al hombre de las diversas criaturas no es mero efecto del tiempo transcurrido entre su aparición y la nuestra. La cercanía al hombre y por tanto su valor intrínseco es ontológica: ni lo más complejo, ni lo más perfecto en su especie, sino aquello que incoa lo que va a ser pleno en el ser humano. Más la hormiga que el diamante, más el animal que se mueve por instintos que la planta que vegeta fija al suelo...

Muy pocas, contadísimas veces, mis estudiantes se han atrevido a expresar con un aplauso el disfrute de palpar verdades, pero una de ellas fue al explicar la evolución desde el final, desde el termino es decir desde lo que es el fin que da sentido, desde el Adannnnnnnn, Evaaaaaaa de Dios llamando cada ser humano.

Dios ha entregado el mundo a nuestra disputa, dice el libro de la Sabiduría; el conocimiento científico es por así decirlo la aventura que él nos ha confiado. Podemos conocerlo pero siempre y cuando seamos capaces de aceptar que no todo se explica, explicando un mecanismo. No se puede olvidar que, en la modernidad, la Ciencia positiva está estrechamente ligada al hecho de que se desconfía de la contemplación atenta como vía segura para alcanzar un conocimiento fiable y se comienza a ensayar un modo nuevo de acceder a la realidad: intervenir sistemática y programadamente sobre ella. La mentalidad moderna niega la validez de la contemplación porque creyó que la naturaleza *no habla*, que no ofrece significados propios ante los que se impone la actitud de atención. Convirtió el mundo natural en materia pura, pura pasividad, en la que el hombre inscribe sus deseos en una imposición desconsiderada por puramente pragmática e interesada. Es la mirada contemplativa la que evita que el conocimiento de la realidad se quede reducido a sus dimensiones cuantitativas y permite mantener fresca la capacidad de asombro. Por eso de ese error funesto sólo salva a la Ciencia la mirada asombrada ante la Creación.

Por ello, la gran arteria que cruza nuestro mapa es mirar la realidad con la mirada de su Creador. Entregados a las diferentes disciplinas de la filosofía y las ciencias naturales nos sabemos invitados a acompañarle en su mirada al orbe, al modo como la maravillosa sabiduría, que desde siempre estaba con Dios, disponiendo todas las cosas con él, jugando en le orbe de la tierra y encontrando sus delicias en estar entre los hijos de los hombres.

2. LA CIENCIA NO PUEDE, AUNQUE QUISIERA, OCUPARSE SÓLO DEL COMO. TIENE SU SITIO PROPIO ENTRE LOS OTROS SABERES, CON AUTONOMÍA DE MÉTODO PERO NO INDEPENDENCIA SINO INTERRELACIÓN EN LA AVENTURA DEL CONOCER

La ciencia positiva no es neutra; ¡qué error más funesto pensar que la Ciencia solo debe ocuparse del *como* y dejar el *porque* para la fe! Pocas ideas favorecen una pasividad temeraria respecto al valor y la orientación de la técnica y la ciencia que pensar que la única finalidad de la Ciencia consiste en la producción de conocimiento verdadero acerca del mundo. Una especie de angélica actividad humana cuya calificación moral comienza justamente cuando ha terminado su labor.

La Ciencia positiva Necesita ser redimensionada y esa tarea es de todos, porque no es importante sólo en el plano de los descubrimientos científicos, cuya aplicación permi-



te mejorar las condiciones del vivir al hombre. No. La ciencia es importante porque, entre otras cosas, cambia (aunque sea mediante imágenes e inspiraciones) la forma en la que la gente ve y vive en el mundo. La ciencia y la técnica son productos culturales.

La Ciencia positiva ha sido capaz de introducir en nuestra cultura una visión dualista, según la cual, los hechos son hechos, las proposiciones científicas son indiscutibles, mientras quedan fuera de su consideración las cuestiones de sentido, éticas o estéticas (a las que se las denomina valores), que no pueden desaparecer del discurso humano, pero tampoco sobre ellas es posible un discurso estrictamente científico.

Por saber tanto el hombre hoy, por tanto dato, sólo puede seguir pensando en el plano de lo fáctico sin capacidad de dar el salto al misterio. Las imágenes que vierte hoy la ciencia experimental es de una casi plena identificación de la realidad con los meros procesos cuantitativos y mecánicos.

La Ciencia positiva maneja siempre esquemas cuantitativos pero en los conceptos vitales hay aspectos que no son reducibles a cantidad pura: la finalidad, el valor de los diferentes seres, etc. Hasta el sentido de la existencia misma del mundo natural se le queda dentro de paréntesis en que debe colocar todo aquello que no es accesible pensando y midiendo.

Más aún, los conceptos humanos fundamentales, o las situaciones antropológicas, se tratan de identificar con los procesos materiales, de los que habla la Ciencia, con sus observaciones.

Pero ni la Ciencia positiva, como modo de conocimiento, ni el científico, como persona capaz de comprender, prescinden de hecho legítimamente de integrar conocimientos y establecer teorías que son visiones concretas de la realidad que pasan al acervo cultural. En efecto, el intento de dar explicación total incluso de la conciencia humana desde la materia, la cosmovisión científica que incluye ya como una parte esencial suya lo que se podría denominar evolucionismo, no es sólo una hipótesis parcial, sobradamente probada con amplio rigor. Se ha constituido en una verdadera piedra de toque que discrimina entre la visión progresista científica (que es ilustrada, materialista e inmanente) y la creacionista, calificada de oscurantista y transcendente. Se están interpretando las experiencias humanas sólo en términos de afecciones bioquímicas, y en esta medida de induce una perspectiva del mundo y del hombre completamente manipulables.

¿Dónde está la neutralidad; dónde está la pretenciosa pretensión de objetividad frente a la subjetividad del saber contemplativo?

Esta segunda arteria que recorre nuestro mapa trata de ser capaz de comprender la precariedad en sí mismo del discurso científico. La mente debe saber distinguir una explicación auténtica, de una apariencia de explicación. Cuando un neurólogo habla de paciencia, entrega, enamoramiento, en términos de estímulos cerebrales parece que está dando explicaciones rigurosas y fiables de esas realidades humanas. Pero capacidad de describir un proceso e incluso de predecir un efecto, que son signo del rigor y verdad que encierra una proposición científica, es muy diferente de conocer el significado.



Por ello el conocimiento científico hay que ponerlo en relación con el conocimiento natural espontáneo de la realidad, para que nos diga algo de la realidad. Y sin embargo, la Ciencia experimental se siente autorizada a hablar, en la persona del científico, de objetos que ella misma no puede entender en cuanto tal.

Los casos de científicos de indiscutible genialidad en descubrimientos científicos -pienso en mis admirados en tanto bioquímicos Monod y Crik-, con sus endeble embates a la idea de proyecto divino en la naturaleza y a la de alma humana trascendente de la mera materia, son paradigmáticos de la situación actual.

Con frecuencia se vierten noticias que hace que algunos se sientan demasiado inquietados ante las presuntas consecuencias filosóficas de determinadas teorías pues en más de una ocasión se han presentado logros científicos como destructores de las fe o contrapruebas de las doctrinas reveladas. Con el tiempo se ha visto que nunca han sido ni rigurosos ni tan nocivos, pero rara vez se hace referencia a ello. No hay problemas fe-ciencia. Hay científicos, algunos muy buenos científicos, que son muy malos filósofos. De esta realidad también me apercibí durante una clase. Había invitado a un despistado filósofo a complementar, desde la filosofía, lo que yo ya había explicado sobre azar y determinación. Nos mostró que mi actitud al cursar tal invitación no era de recibo: el gran bioquímico Monod, como cualquiera podía hacer filosofía, pero en tanto que filósofo, no estaba a la altura. No era un pensamiento riguroso que encerrase claves capaces de guiar a unos biólogos en ciernes. Y yo misma, como profesor de la materia, debía mostrarlo.

Pero también desde la perspectiva opuesta el recurso a la síntesis personal del científico manifiesta sus límites. Ciertamente para armonizar la Ciencia y la Filosofía, o la Fe, hay que unir las en síntesis vitales. Pero esto no es nada fácil. No se trata de científicos de prestigio se declaren fervientes creyentes; tampoco se trata de que científicos creyentes hagan declaraciones de la no problematidad entre su actividad científica y su fe vivida. Tampoco se trata de que científicos católicos se atrincheren en conocimientos del pasado por miedo a que el avance del conocimiento haga tambalear razonamientos. Con cierta frecuencia la tecnología plantea problemas nuevos cuya orientación correcta exige "atreverse a pensar".

Permítanme una pequeña digresión al respecto. Nunca como en estas últimas décadas la dignidad de la procreación y la dignidad de la vida humana naciente había sido atacada como lo es ahora con la práctica de la fecundación artificial: seres humanos cuyo origen se confina a un proceso de producción. Con la lógica propia de la producción: en exceso para poder seleccionar y si sobran ¡que sobren!. Satisfechos los deseos procreadores de los padres los excedentes quedan almacenados en el frío. Es imprescindible eliminar o al menos reconducir tal injusta práctica para que no se repita nunca más la aberración, no sólo de destruir vidas humanas, sino de tratar esas personas como subproducto de un proceso. Ello exige de poder calificar moralmente las acciones que implica llamando por su nombre a cada una. Juzgar los actos manipuladores requiere tomar el hecho biológico en su significado real: entender la vida que comienza en unidad personal, la muerte de la vida incipiente, la detección de la vida por paralización de las funciones vitales, reanimación por vuelta a la coordinación de dichas funciones, etc. Cuando, como ocurre ahora, el mal irremediable de vidas humanas de-



tenidas y sin garantía de que la acogida en el seno materno les permita reiniciar y continuar su ciclo vital, está ya hecho es preciso no sólo evitar que vuelva a ocurrir, sino también conocer con precisión la biología humana para definir con claridad qué es dejar morir –ante una muerte inevitable– y qué matar. Lo mismo que define la vida incipiente como organismo unitario que se está construyendo (el crecimiento orgánico, o crecimiento como organismo– y no un simple conjunto celular que se multiplica, es lo mismo que al faltar constata la muerte. La carencia de un crecimiento celular organizado como organismo embrionario es signo de que la muerte ha acaecido.

Lograr una unidad real armoniosa entre las dos formas de conocimiento (científico y filosófico) exige no dejar cada una de las dos partes en una independencia completa; y al tiempo, situar el conocimiento científico en el sitio propio, dentro del conjunto del conocimiento humano.

Es importante, para la ciencia misma, evitar el tan frecuente ridículo de veneración o el sentir una especie de ridículo complejo de inferioridad ante los que la “la ciencia dice”. Es preciso saber bien que pregunta contesta y cual no. Es preciso saber bien qué contesta y en nombre de quién y de qué; en que siglo se sitúa la respuesta y en que ambiente intelectual. La capacidad de predecir y la exactitud de las predicciones son muy deslumbradoras; pero con demasiada frecuencia tales capacidad se acompañan de una oscuridad en las cuestiones de fondo, de sentido, últimas, que son las que nos permiten el vivir personal.

En todo caso es imprescindible que la pregunta esté bien formulada. Durante muchos años, en ese ámbito de diálogo al que me he referido tratamos de avanzar en la cuestión de la relación mente–cerebro. Desde las más diversas perspectivas se establecía una y otra vez la misma situación. Dos caminos paralelos, con desconfianza mutua: por uno de los caminos unos se autoconfirmaban en que “*el cerebro es como es y no como tiene que ser para que funcione como piensan los filósofos*”. Los del otro sendero se afianzaban en la constatación de que “*soy yo y no mi cerebro quien piensa*”. Seguíamos caminando en paralelo. Faltaba la formulación correcta de *la pregunta* que ha de ser la misma pregunta para que haya dialogo y las respuestas desde cada perspectiva puedan ser iluminadas con las de las otras perspectivas. Efectivamente no es igual preguntarse cómo funcionan las neuronas que dónde está la indeterminación funcional del cerebro. La primera etapa de ese intento de dialogo acabó como ocurre a veces: un enfado institucional entre los llamados de arriba, los de ciencias, con los de abajo, los de letras. Mundos separados hasta geográficamente en nuestro caso por situarse en la colina y el valle. Veinte años después reanudamos el intento. Veinte manos después, con una mayor madurez de la ciencia biológica y de nuestra comprensión, oyendo la grabación de aquella sesión de rotura de dialogo, habíamos encontrado el camino de la síntesis.

3. LOS CAMINOS DE LA SÍNTESIS DE LOS SABERES: LAS VERDADES CON VOCACIÓN DE IDEA MADRE

A lo largo de la vida a la potencia mental de cada hombre se le presentan muchos tipos de temas. Un mundo sutil e intrincado en el que distinguir unas de otras, descubrir como se relacionan, clasificarlas y colocarlas en su sitio es tarea vital. Cada realidad tiene su propio sentido y su relaciones fijas con todo lo demás;



un orden real que la mente no crea pero que sin discernirlo no podemos sabemos algo de ellas. La Ciencia positiva tiene su función en ese colocar cada realidad en su propio lugar natural. Una función que no es separable ni tampoco confundible con los otros modos de conocer. El esfuerzo de síntesis no es el esfuerzo de apilar datos, teorías y conceptos.

Cuando estudiaba la licenciatura de Química nos enseñaron que el crecimiento de los cristales requiere núcleos de cristalización y aprendí a hacer unos preciosos, grandes y azules de sulfato de cobre. El crecimiento tiene sus leyes y cambiando las condiciones externas se podían conseguir cristales o simples montoncitos. La formación de la mente es un hábito de orden y sistema, un hábito de referir cada cosa nueva aprendida a lo que ya sabemos y de y de ajustar lo uno con lo otro; implica la aceptación y uso de ciertos principios como centros del pensamiento, alrededor de los cuales nuestro saber crece y se ubica. Lo que a veces se llama "ideas madre". Esas ideas o verdades nucleares miran más allá de los aspectos cuantitativos de la realidad; consideran las formalidades y así son la malla sobre la que se edifican las explicaciones de los científicos desde la consideración de la materia experimentable.

Es decir, hay que teorizar la ciencia positiva, la biología en nuestro caso. Esto es, tomar el hecho biológico por el lado fuerte; con toda su fuerza. La realidad viva, el proceso vital que sea tiene en sí mismo un sentido biológico propio. La realidad viva no es homogénea. Los procesos vitales –como digerir, engendrar– no tienen igual significado o función en el todo orgánico en que se dan. Y en el caso humano hay procesos corporales que participan mucho más de lo personal que otros.

La comprensión de la biología humana exige como condición imprescindible, en primer lugar, liberarse de la idea de mecanismo como paradigma de la realidad viva. La realidad viva a diferencia de la inerte tiene de hecho individualidad, identidad, unidad de elementos unidos inseparablemente, es decir no separables más que con la muerte, que no pueden entenderse desde el estrecho límite de un mecanicismo causa-efecto. Mucho menos la realidad humana: la subjetividad, el conocimiento, etc. son dimensiones que definidas como mecanismo pierden las cualidades más esenciales y definitorias de la realidad, aunque sí pueda conocerse el sustrato material en el que acontecen esas cualidades.

Fue la vieja cuestión de los griegos acerca del barco de Teseo lo que me abrió la puerta a la comprensión de los fenómenos vitales, porque me dio mi núcleo de cristalización. La cuestión es la de la identidad de la barca: si recambiadas poco a poco la maderas que la constituían y se iban pudriendo, a fin de conservarla por los siglos de los siglos, podría decirse que era o que no era la misma barca del héroe; o a partir de que sustitución de una madera por otra ya no sería la misma. Una cuestión similar a los trajes de los *seises* que podrán conservar el privilegio de bailar ante el Santísimo mientras duren los vestidos con que iniciaron el rito. Efectivamente la identidad de lo inerte, la barca e el traje, no es la de un ser vivo: a distintos materiales se les puede dar la misma forma como por el contrario a una misma madera o tela se pueden hacer diferentes barcas o trajes. Materia y forma no se pertenecen.

Un ser vivo si tiene identidad, individualidad: efectivamente, la forma perro –mensaje genético heredado de los progenitores de este perro llamado *Chucho*– se configura



los materiales que construyen a *Chucho*. Y por más que se recambien con el metabolismo a lo largo de su vida la identidad es la de *Chucho* que fue cigoto, embrión, feto, ... *Chucho* adulto. Materia y forma se copertenecen de tal modo que cada uno a lo largo de su vida hace referencia, se identifica, con la dotación genética, la información genética que le constituyó en tal hijo de tales progenitores.

La comprensión de la biología humana exige, en segundo lugar, pasar de una concepción de la realidad estática, piramidalmente jerarquizada, con un orden determinista, a una realidad en cambio continuo con un dinamismo abierto, con un indeterminismo que permite surgir orden de la fluctuación y la incertidumbre. Llegue al estudio del mundo inerte, a la química, fascinada por la concepción de Borh acerca de la estructura del átomo. Un universo en miniatura pero igualmente uniforme; una dinámica tendencial propia de los procesos físico-naturales de reposo. Una armonía matemática sin sorpresas innovadoras. Cinco años después conocí por primera vez la estructura química del DNA; la fascinación de la doble hélice capaz de dirigir su propia réplica y transmitir así los caracteres genéticos de padres a hijos ha ido creciendo. Una secuencia y como tal un mensaje. Un molde capaz de atraer y enlazar sus complementarios estereoquímicos en el inicio de la vida sobre la tierra.

Materia y forma que se pertenecen. Forma que es mensaje escrito en secuencias de nucleótidos. Fascinada por la belleza estructural del DNA y la armonía del materia genético en su funcionar, en la danza de los cromosomas en la fecundación y en el arrancar a vivir de cada ser, intuía que el concepto de mensaje referido al genoma es más que una simple analogía. Mi capacidad para la informática es muy muy limitada, pero ser profesor tiene de bueno estar cerca de otros locos más jóvenes que uno. Tras muchas, muchas horas de procesamiento informático me trajeron hace unos tres años la armonía, el orden, generado por la secuencia de nucleótidos de un gen real y de un trozo de material genético "basura", no informativo. Lo sabíamos: el gen real "dice" mientras que el fragmento que no es gen es desacorde, es ruido, es desarmonía. Lo mismo que sabíamos que si alguien ponía en notas musicales las secuencias los diferentes genes saldría música. Hace escasamente un año he escuchado la música del genoma humano: unos genes transmiten alegría, otros, tristeza, serenidad... Así son los materiales elementales de los que parte la vida de cada ser vivo: tienen su mensaje y dicen su mensaje viviendo.

Así son los seres vivos: con la emisión del mensaje genético inician su existencia y la muerte natural les acontece cuando tal mensaje dice sus palabras finales. Esa emisión tiene un tiempo: el tiempo de vida de cada individuo de cada especie. Es su tiempo propio de constituirse, construirse, crecer, madurar, envejecer y morir. Cambiar ese ritmo vital acortando, alargando, deteniendo, o terminándolo en cualquiera de sus etapas es una manipulación, que para hacerlo a un animal no-racional requiere motivos justificados y para un ser humano nunca tiene justificación.

Y en tercer lugar, la comprensión de la biología humana requiere pasar de un pensamiento analítico a un pensamiento sintético que nos hace comprender la realidad como totalidades interactuantes, en las que el todo es más que la suma de las partes y la interacción con el medio permite auto-organización. Sí, la forma que no se agota en informar la materia. Cuanto más sobrante formal, más rica la realidad.



Arrojada fuera de la Ciencia la forma, en el sentido de causa formal y causa final, resulta que se hace imposible comprender la vida y menos aún la vida del hombre. Lo propiamente humano es relacional no hay sólo causas eficientes de las situaciones orgánicas. Dios nos llama a la existencia a cada uno de los hombres a entrar en relación con Él y por ello con los demás y el mundo. Nos otorga, añade, libertad a la vida recibida de nuestros padres, liberándonos del automatismo de lo biológico.

No hubiera podido comprender la biología de la personalidad, sin una conferencia pronunciada en este edificio, y largamente meditada y dialogada, sobre los presupuestos biológicos de la libertad: sólo una biología humana, in-especializada, carente como biología, con pobreza de instintos es materia apta para ser informada por un espíritu; es cuerpo humano. En la unidad personal la co-pertenencia materia-forma o cuerpo-espíritu es especialmente intensa.

Nuestra autorealización y cumplimiento es tarea de la vida: la llamada de Dios nos deja indeterminados al fin. Libres de corresponder y realizarnos o de no hacerlo y frustrarnos a nosotros mismos y para siempre. La *biología de la personalidad* son los presupuestos biológicos de la libertad humana.

NOTAS

1. Catedrática de Bioquímica. Universidad de Navarra.
2. NEWMAN
3. GILSON, E, The Ethics of Higher Studies, Harvard, Alumni Buletin 30, 27 de octubre de 1927, pp. 127-130.
4. “*El compromiso de la Ciencia*”, Separata del nº 240 de Nuestro Tiempo, Junio 1974.
5. RATZINGER, J. (2002). *Dios y el mundo. Creer y vivir en nuestra época. Una conversación con Peter Seewald*. Galaxia Gutenberg. Circulo de Lectores.